

## Notas Bibliográficas

KÖNIG, Daniel. G. *Arabic-Islamic views of the Latin West: Tracing the emergence of Medieval Europe*. Oxford: Oxford University Press, 2015, 448 págs.

Jorge ELICES OCÓN

[jorge.elices@uam.es](mailto:jorge.elices@uam.es)

Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [0544-408X]. (2018) 67; 289-295

**Recibido:** 06/04/2017 **Aceptado:** 04/07/2017

El tipo de percepción y conocimiento que se tenía en el mundo islámico medieval de la Europa cristiana ha sido siempre un tema de gran interés para arabistas e investigadores, sin duda por la posibilidad de comprender cómo era la coexistencia entre dos mundos distintos que, compartiendo las orillas del Mediterráneo, estaban forzados a convivir, reconocerse, obviarse, enfrentarse o entenderse. En este sentido, son obras de referencia fundamentales las publicaciones de M. André, especialmente *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du 11e siècle*, París, 1973-1988 y la obra de B. Lewis, *The Muslim discovery of Europe*, Londres, 1982.

La obra de D. G. König se suma pues a esta misma línea de estudios que plantean la relación en términos de conocimiento, percepción y alteridad, y dado nuestro actual contexto internacional (marcado nuevamente por las relaciones entre unos y otros), la cuestión cobra especial interés, aunque éste sea siempre desde una perspectiva claramente etnocéntrica y europeísta, centrada en analizar cómo “nos” ven los “otros”. Sin embargo, su estudio aboga por adoptar la cuestión de una forma distinta —se busca analizar la *emergence of Medieval Europe* desde un punto de vista externo (p. 5)— y aunque esto no siempre resulta manifiesto, los capítulos y las ideas más brillantes son justamente aquellas que se centran en señalar cómo durante siglos la élite intelectual y cultural del mundo islámico adquirió, procesó y puso por escrito la información concerniente al pasado y al presente de la Europa cristiana (pp. 25-26).

De este modo, König adopta en su estudio una perspectiva nueva, procedente de los estudios de recepción y ello sí supone un verdadero soplo de aire fresco en la disciplina. En concreto, el estudio de la recepción del pasado preislámico en el mundo musulmán medieval es una cuestión que aguarda todavía a ser analizada. Quizás se olvida frecuentemente que el mundo clásico no acababa en Europa, ni

siquiera en las fronteras del Imperio Romano y ciertamente hay pocos estudios sobre ello, por ejemplo, un acertado artículo de D. Amaldi, “The Arabs and the perception of ancient Europe”, Pisa, 2001, que curiosamente no es empleado por el autor. En cualquier caso, las mejores líneas del autor atienden justamente a las noticias que recogen las fuentes árabes acerca del pasado preislámico de Europa y especialmente de la Península Ibérica.

Éste es quizás otro de los aspectos más destacados de la obra y que a buen seguro va a interesar a los especialistas en al-Andalus, puesto que gran parte de la obra se centra en analizar el papel privilegiado desempeñado por la Península Ibérica dentro de este proceso de recepción, tanto por su condición de frontera entre dos mundos como por la presencia de una población y una cultura latina, nueva y desconocida en el Oriente musulmán. De este modo, König se refiere a la novedad que supone la traducción árabe de las *Historias* de Orosio, el *Kitāb Hurūšiyūs*, compuesto en la primera mitad del siglo X (estudio y ed. a cargo de M. Penelas, Madrid, 2001), destaca también el interés por la historia preislámica hispana de Aḥmad al-Rāzī (m. 344/955) y dedica un capítulo a analizar las referencias alusivas en las fuentes a los reyes visigodos.

König divide el libro en nueve capítulos que conforman en realidad dos secciones diferenciadas. La primera comprende los capítulos 1-3 y en ella se hace una introducción progresiva al lector. En el primer capítulo se plantean algunas consideraciones generales pero no por ello menos significativas: los problemas derivados a la hora de emplear ciertas categorías y que suelen dar pie a equívocos (*Arabic-Islamic* y *Latin-Christian Europe*), las características de las fuentes árabes, base de su estudio —prestando atención no sólo a fuentes históricas y geográficas, sino también a noticias de tipo jurídico, un aspecto ciertamente interesante—, y un breve bosquejo historiográfico que acierta a señalar una simplificación y tergiversación de las fuentes por parte de los investigadores —especialmente en la obra de B. Lewis, *The Muslim discovery of Europe*—, obviando la complejidad que éstas dejan entrever y considerando únicamente la “ignorancia”, “indiferencia” o “arrogancia” con la que supuestamente los autores árabes se habrían manifestado hacia sus vecinos cristianos en Europa.

El segundo capítulo analiza las vías por las que la información referente al mundo europeo y cristiano alcanzó la esfera arabo-islámica, desde la aparición del Islam y las rápidas conquistas de los siglos VII y VIII hasta llegar al siglo XV. Destaca el papel fundamental de las comunidades cristianas que vivían bajo el dominio musulmán, así como el de las relaciones (políticas, diplomáticas, militares o comerciales) con los reinos cristianos. Lo interesante en este caso es que, en el transcurso de los siglos, las nociones sobre el “otro” fueron transformándose pero que ya desde los primeros momentos es posible identificar un interés por co-

nocer la realidad y el pasado de las regiones conquistadas, principalmente debido a fines administrativos y fiscales. El geógrafo onubense Abū Ubayd al-Bakrī (m. 487/1094) señala por ejemplo que los conquistadores deseaban adquirir información acerca de los orígenes de Cartago, y en al-Andalus, según el *Ajbār maymū'a*, el califa omeya 'Umar b. 'Abd al-'Azīz (99-101/717-720) habría ordenado al gobernador de la Península, al-Samḥ (100-102/719-721), que le enviase una descripción topográfica de la región, así que, tras reunir los datos pertinentes, éste le envió una descripción de la ciudad de Córdoba (p. 43).

El tercer capítulo se centra en aquellos factores que influenciaron y condicionaron la recepción de esta información así como su puesta por escrito por parte de los autores árabes. Se trata de un capítulo netamente interesante. A juicio de König estos factores no son por lo general de tipo ideológico sino más bien prácticos, fruto de situaciones y contextos variables. De este modo, aunque un autor como al-Muqaddasī (m. c. 378/988) aboga por evitar cualquier tipo de contacto con el mundo europeo y cristiano, la realidad es más compleja.

Argumenta que la adquisición de información, aunque existió desde los primeros momentos, sólo resulta ser un proceso desarrollado y sistemático en época más tardía —particularmente en el Occidente musulmán y en al-Andalus solo a partir del siglo IX-X— puesto que parece ir de la mano del desarrollo de una estabilidad política y a la aparición de una élite científica. Ello condicionará el tipo de información existente hasta esa fecha y refleja los pocos datos con los que los autores orientales se refieren a la Península Ibérica (pp. 76-80). Igualmente, otros problemas a la hora de obtener esta información, catalogarla y reelaborarla residen en la barrera lingüística, en el distinto sistema cronológico del mundo latino-cristiano y en el desconocimiento de ciertos aspectos de la historia preislámica y contemporánea que daban lugar a errores de interpretación. De este modo, el conocimiento que se tenía en el mundo islámico medieval de las lenguas empleadas en la Europa cristiana es vago e inconsistente (p. 83) y los autores árabes “fallaron” a la hora de interesarse por el Latín como el vehículo que les hubiera permitido acceder a más información y nuevas posibilidades (p. 92). Sin embargo son interesantes aquí las reflexiones que suscita el caso andalusí. König dedica varias páginas a aludir a la situación del Latín en al-Andalus, destacando especialmente la traducción de las *Historias* de Orosio e indicando que esta obra se encuentra en la base de una distinción original y llamativa entre Griego (*al-Igrīqiyya*) y Latín (*al-Laṭīniyya*) (pp. 83-87). Igualmente, el desconocimiento relativo sobre el sistema cronológico, sobre determinadas etapas del pasado preislámico, o sobre determinados aspectos (como por ejemplo *trianomina* romano, las grafías de los reyes y emperadores y las instituciones y figuras del mundo antiguo y contemporáneo) genera confusión, dudas y errores en los autores árabes.

La segunda sección distinguible en la obra de König abarca los capítulos 4-8. En ellos se analiza de manera ciertamente expositiva cómo los autores árabes se refieren al mundo cristiano a lo largo de los siglos. Cada uno de ellos ahonda en un periodo o una región concreta. Por último, el capítulo 9 es una síntesis de los capítulos previos, útil para aquellos que quieren tener una visión general del libro.

De este modo, el capítulo cuarto es uno de los más interesantes puesto que König centra su atención en cuándo y por qué se escribe la historia romano-bizantina. Destaca en este sentido una transformación fundamental: a partir del siglo IX los autores árabes abandonan una perspectiva sobre la historia preislámica que resulta difusa y etnocéntrica (sustentada principalmente en el relato de la expansión musulmana frente a los bizantinos) y elaboran en su lugar una concepción sistemática y universal de la historia de los *Rūm* (p. 121) —una transformación que coincide en el tiempo con el importante proceso de recepción y traducción de obras griegas, persas o siríacas al árabe (p. 125)—. Autores como Ibn Jurdaḡbah (m. c. 272/885) o al-Ya‘qūbī (m. 284/897) y posteriormente al-Ṭabarī (m. 310/923), al-Mas‘ūdī (m. 345-6/956-7) y al-Bīrūnī (m. c. 442/1050) incluyen amplias referencias o una lista de los emperadores romanos, entre los que destaca especialmente la figura de Constantino, en cambio, obvian las etapas más primitivas relativas a la fundación, la monarquía, la república romana u omiten los hechos relativos a la parte occidental del Imperio (p. 128). Solo al-Mas‘ūdī incluye una de las primeras referencias a Rómulo y Remo como fundadores de la ciudad del Tíber así como reconoce una importante dimensión occidental del Imperio, vinculando pasado y presente al señalar que Roma había sido siempre la capital de Francia (p. 132). Sin embargo, el verdadero cambio proviene desde al-Andalus. König reserva un apartado a destacar la importancia que tuvo la traducción de Orosio al árabe y cómo en el siglo X y XI distintos autores prestan atención al pasado preislámico e incluyen nuevos episodios ausentes en los autores orientales merced a estas nuevas informaciones procedentes de las fuentes latinas (pp. 134-141). Este momento parece pues importante, máxime cuando, posteriormente, los compiladores árabes se limitan a reproducir la información sin añadir nuevos detalles (p. 142), incluyéndose los datos consignados por las fuentes andalusíes en Oriente solo a partir de los siglos XII-XIII (pp. 142-143).

El capítulo quinto concierne especialmente a los interesados en la recepción del pasado preislámico de la Península Ibérica, y en concreto, al reino visigodo, un tema para el que todavía no existe un estudio general, tal y como señala König (p. 150). Sus reflexiones obvian los aspectos más problemáticos de un tema que es realmente complejo, pero aciertan al trazar un claro orden cronológico que pone de manifiesto el cambio fundamental que tiene lugar en el siglo X. Además, el capítulo aporta nuevas perspectivas que a buen seguro suscitarán atención —en

este sentido resulta especialmente útil un apéndice que recoge una lista de los reyes godos y que permite comparar las distintas fuentes árabes que narran el periodo.

De este modo, König comienza señalando que las informaciones árabes previas a la conquista musulmana debieron ser ciertamente escasas (pp. 152-153), y que la escritura de la historia peninsular parece haberse gestado antes en Egipto que en la propia Península (p. 154), siendo ambos aspectos bien conocidos desde los estudios de M. A. Makki (1957). La primera obra andalusí que contiene detalles significativos sobre el pasado visigodo es la de ‘Abd al-Malik Ibn Ḥabīb (m. 238/853), el *Kitāb Ta’rīj* (ed. A. Aguadé, 1991), pero éste autor sustenta en realidad sus informaciones en tradicionistas egipcios. Algo parecido sucede con la obra del egipcio Ibn Ibn ‘Abd al-Ḥakam (m. c. 257/871), *Futuh Miṣr aw l-Magrib wa-l-Andalus* (ed. A. Gateau, 1948). Ambos recurren en realidad a fuentes orientales similares para componer sus relatos, sin embargo, presentan diferencias evidentes, fruto de los distintos criterios conceptuales y propagandísticos con los que cada uno de ellos escribía. En ese sentido König destaca que, por un lado, la obra de Ibn Ḥabīb incluye detalles nuevos sobre los reyes visigodos y la conquista islámica ausentes en ‘Abd al-Ḥakam (pp. 155-156), y por otro lado, subraya que existen algunas referencias o temas que se repiten de manera sistemática y que aparecen recogidos tanto por los autores orientales como por el propio Ibn Ḥabīb, por ejemplo, aquella noticia que asegura que los Visigodos tienen un origen persa, una idea que responde a un error etimológico al equiparar a los *Išban* (*Hispani*) con la ciudad de Isbahan (pp. 156-158).

En el siglo X ofrece en cambio un panorama muy distinto. Los autores andalusíes acceden y elaboran nuevos relatos acerca del pasado visigodo y un autor egipcio como al-Mas‘ūdī parece tener presente este hecho y en su obra consigna algunas referencias que dejan entrever que conocía ciertas noticias e ideas formuladas ya en al-Andalus. El cambio proviene de nuevo del acceso a fuentes latinas, no sólo Orosio, sino también de obras de San Isidoro como las *Etymologiae*, la *Chronica Maiora* y la *Historia Gothorum*, así como la *Crónica Mozárabe del 754*. Su uso resulta evidente no sólo en el *Kitāb Hurūšiyūs*, sino también en la de Aḥmad al-Rāzī (m. 344/955) o en la *Crónica Pseudo-Isidoriana*.

König es consciente de los problemas que presentan estas fuentes a la hora de determinar cuál era la relación entre ellas o cuál era el relato original de Aḥmad al-Rāzī (no se conserva su obra original y solo cabe contar con la *Crónica del Moro Rasis* y con las citas de autores árabes posteriores). La cuestión sigue esperando a ser aclarada por los especialistas y König se contenta por tanto con señalar que “it seems possible that he had a rather well-founded notion if not a firm command of Visigothic history” (p. 165). Sí recalca en cambio que autores poste-

riores del siglo XI —Ibn Ḥayyān (m. 469/1076) que cita a un tal Ishāq b. Salama al-Layṭī, activo durante el reinado del califa al-Ḥakam II, así como al-‘Uḍrī (m. 478/1085) y al-Bakrī (m. 487/1094)— confirman el paso adelante que había tenido lugar ya en el siglo X (pp. 165-168) y evidencian que el pasado preislámico de al-Andalus había dejado de ser considerado algo extraño para ser integrado como algo propio y parte de una identidad regional (pp. 168-169). Los compiladores posteriores recogen las noticias sobre el pasado visigodo de manera variable y desinteresada, sin incluir nuevos detalles y desligándose incluso de este pasado, aceptando quizás su apropiación propagandística por parte de unos reinos cristianos en expansión (p. 184).

Los capítulos posteriores resultan menos interesantes para aquellos especialistas en al-Andalus pero recogen igualmente algunas reflexiones interesantes, centradas ahora en analizar la emergencia de la Europa pleno-medieval. En el capítulo sexto, centrado en la imagen que transmiten las fuentes árabes sobre los Francos y Francia, se vuelve a incidir en el papel fundamental que habría desempeñado al-Andalus en época temprana, proporcionando nuevas informaciones fruto de los contactos militares y diplomáticos con los emires y califas omeyas —aunque no todas las informaciones tienen un origen andalusí (p. 199)—. König destaca por ejemplo la lista sobre los reyes francos posteriores a Clodoveo y que el autor egipcio al-Mas‘ūdī transmite a partir de un libro de historia, regalo del conde catalán Suñer al príncipe al-Ḥakam en el año 328/940 y que pudo consultar en Fustat en el año 336/947 (pp. 194-195). El capítulo séptimo se señala cómo las fuentes árabes se refieren al Papado y a la ciudad de Roma (pp. 233-236) y prestan atención a su creciente protagonismo político y religioso en la Europa cristiana. En este caso las informaciones provienen en su mayoría de las comunidades cristianas orientales y se sustentan en informaciones un tanto obsoletas, propias de la Antigüedad Tardía (p. 238). Finalmente, el capítulo octavo se analiza el creciente expansionismo cristiano a partir del siglo XI y como éste, aun causando perplejidad entre los autores árabes, permitió acceder a nuevas informaciones sobre el contexto político y geográfico de Europa. Por ejemplo, desde el siglo XIII distinguen ya con claridad la existencia de un reino llamado Francia (p. 225), a partir del siglo XII, se incluyen nuevos detalles relativos al Papado, liderazgo religioso ejercido por el Papa y a sus conflictos políticos con la dinastía de los Hohenstaufen (pp. 241-243).

En definitiva, el libro de König acierta al considerar que los autores árabes presentan una mayor consideración e interés por Europa —por su pasado y presente— de lo que se había pensado hasta ahora. Igualmente, resulta muy significativo que, mientras que gran parte de la información que se recopila y reescribe en los primeros siglos del Islam parece centrarse en la historia preislámica, los

autores posteriores al siglo XI-XII parecen interesarse en mayor medida en documentar la expansión cristiana a la que estaban asistiendo y a incorporar nuevos datos acerca del contexto político y geográfico de Europa, desligándose en cambio del interés mostrado por el pasado preislámico, y limitándose a copiar las noticias de los autores del siglo X.

Al-Andalus es un ejemplo significativo de ello y una región clave a la hora de explicar el acercamiento al pasado preislámico. Durante el siglo X un conjunto de autores y obras permiten apuntar un interés especial por recopilar información relativa al pasado peninsular, por hacerla accesible a los autores árabes y por ponerla por escrito. König centra su atención en el *Kitāb Hurūšiyūs* y plantea una reflexión interesante puesto que, si bien algunos autores han ahondado en que la traducción tendría quizás un componente cristiano que polemizaría con el Islam —menciona aquí el artículo de H. Daiber, ‘Weltgeschichte’ (2011)—, lo cierto es que esto no termina de encajar con la consideración que hace de la obra de Ibn ʿUyūn (m. c. 384/994), destacando su utilidad y valorando la información que contenía, o con el amplio uso que tuvo la traducción entre los autores árabes posteriores (p. 85).

La cuestión ahonda precisamente en las preguntas sin resolver dentro de la investigación, todavía incapaz de exponer de forma satisfactoria las razones que explicarían este interés tan genuino por el pasado dentro del mundo islámico. König no ahonda más en la cuestión. Su obra tiene un claro sentido informativo y expositivo y no incide en las causas que llevaron a los autores a incluir este tipo de referencias sobre la Península Ibérica y sobre Europa. Se conforma con trazar la evolución que registran las noticias árabes en la información que proporcionan sobre sus vecinos, analiza su veracidad y volumen, y en este sentido, destaca la aportación fundamental andalusí. Pese a ello la obra constituye un acierto puesto que refleja un trabajo considerable que aboga por reconsiderar perspectivas y trazar nuevas líneas de análisis que son de interés para los investigadores de múltiples disciplinas.